

# Llanto por Rafael López González

PILAR ANADÓN

**E**stos días las aguas de los embalses de Riaño, El Pontón y Fuentes Claras discurren tristes. Al apuntar la mañana del pasado día 20 de Septiembre nos dejaba Rafael López González, Doctor Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, que desarrolló su actividad profesional en la Confederación Hidrográfica del Duero, al tiempo que ejerció como docente en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos de Santander. En el curso de su dilatada carrera como técnico de reconocida competencia dirigió numerosas obras de ingeniería por toda la geografía española.

Dejar pasar esta pérdida de forma silenciosa sería injusto.

Tuve el honor –y por ello me siento orgullosa– de haber trabajado con él durante 17 años. Y digo trabajar con él, y no a sus órdenes, porque así me lo hizo sentir siempre. Por la intensidad con que viví esta larga etapa de mi vida laboral me parece que fue mucho más larga. En tantos años, al verle cada mañana, nunca fui capaz de adivinar que habría discurrido su mente durante la noche; pero siempre tuve la seguridad de que nada tendría que ver con lo del día anterior. Su capacidad creativa alcanzaba límites insospechados.

En estos momentos, haciendo repaso de aquellos años de trabajo, se agolpan en mi memoria multitud de recuerdos, la mayoría de ellos agradables y hasta divertidos, otros no tanto, pero todos enriquecedores: situaciones y experiencias relacionadas con Riaño, con Fuentes Claras, con El Pontón Alto y con tantas otras obras que sería prolijo enu-

merar y de las que, en cualquier caso, olvidaría alguna.

Entre mis recuerdos hay también un lugar especial para las clases de Rafael en la Escuela de Caminos de Santander, a donde viajaba los martes. La preparación de estas clases suponía siempre algunas horas de tensión, que para mí solían terminar, de modo invariable, corriendo en el último momento hasta la estación, para llevarle algún papel que se había olvidado sobre la mesa de trabajo.

Pero no todo era ingeniería en la vida de Rafael. Recuerdo, por ejemplo, su pasión por el tenis, por los paseos en bicicleta –a mi boda llegó sobre una de ellas– y su gusto por la buena mesa y por el buen vino.

No pretendo, sin embargo, limitarme en estas líneas a comentar la vida y los recuerdos de Rafael López, de los que por fortuna atesoro muchos. Quisiera expresar en ellas el reconocimiento –y el de tantas y tantas personas que apreciaron cómo se merece su valía profesional– por la destacada labor que desarrolló en el mundo de la ingeniería. Y como (de acuerdo con la sabiduría popular), detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer, quiero mostrar también mi cariño emocional para Consuelo. Tanto a ella como a sus hijos, les agradezco en el alma que me hayan dejado compartir con la familia los últimos días de la vida de Rafael.

Donde quiera que te encuentres, Rafael, si allí precisan hacer alguna gran obra, seguro que te consultarán. Y vaya por ti un brindis con ese vino del Rhin que la noche anterior a tu marcha quedó inacabado.

Hasta siempre.